

Interludio—Ramona Parte Tres - El Juego en Carrusel: Una Película de Terror LitRPG

- [Interludio—Ramona Parte Tres - El Juego en Carrusel: Una Película de Terror LitRPG](#)

Interludio—Ramona Parte Tres - El Juego en Carrusel: Una Película de Terror LitRPG

Ramona echó un vistazo hacia donde el terrible hombre cubierto de metal había estado hace apenas unos instantes. Ya no estaba allí. Parecía como si hubiera estado parada en ese mismo lugar durante horas. Sus articulaciones estaban rígidas y tenía la boca seca.

Las voces continuaban susurrando.

¿De dónde provenían esos murmullos? Desde su posición, no podía ver a nadie. Se agachó y miró a su alrededor. Estaban a unos treinta pies de distancia, al menos, pero podía escucharlos susurrar como si estuviera mucho más cerca.

Había visto suficientes películas para saber que, si la trama lo requería, los personajes podían escuchar más de lo que la física debería permitir, pero no tenía idea de que estaba en una película. De hecho, no sabía que pertenecía a una década diferente.

Aun así, no podía evitar escuchar. Estaba oculta a la vista del coche, agachada en el campo detrás de una fila de arbustos mal podados. Ignorar la charla humana es fácil, pero los susurros tienen una forma particular de captar la atención.

“¿Cuándo se supone que debe llegar?” preguntó un hombre.

“Geist le está poniendo las cosas difíciles por una escena de una película,” dijo otra voz. “Quemó las llantas del coche de la ciudad de Geist para asegurarse de que el viejo Carlyle necesitara un aventón. Si no me equivoco, Bensen llamando a Papá por ayuda significará que Carlyle llegará pronto.”

¿Carlyle Geist? Pensó Ramona. Todos sabían que Carlyle Geist estaba muerto. ¿De qué era la rima acerca de las muertes del Geist, otra vez? La secundaria en Carousel había sido una experiencia bastante extraña.

Intentó recordar...

~-

Bart terminó sus días, asustado por su propia sombra,
Perdido en la noche, solo en un prado.
Ellie cayó en un pozo, dejando allí su morada,
Tom quedó atrapado en un hechizo, tocó la campana del cielo.
Niños desaparecidos, algunos raptados en la oscuridad,
Fuera de sus camas, un pueblo aterrado.
Cherise, dicen, fue devorada por una rata,
En los pasillos del sanatorio, su hábitat.
Carlyle y Bensen, con engranajes y un estruendo,
En la tumba de la fábrica, se convirtieron en cenizas.
El resto quedó carbonizado en la feroz llamarada del caserón,
Humo, llamas, y solo la justicia acabaron con sus vidas.
El viejo Jed permanece, con una sonrisa de oreja a oreja,
Superándolos a todos, año tras año.

~-

Eso era cierto. Por supuesto, había más, aunque las muertes antes de Bartholomew no estaban tan sensacionalizadas.

Carlyle Geist había muerto en un accidente en una fábrica. Ella miró hacia el edificio en la dirección en que los hombres estaban mirando—una fábrica. La palabra Geist estaba pintada en el edificio en un tamaño suficiente para que ella pudiera leerla desde donde estaba, incluso con la luz de la tarde decayendo.

Eso no podía ser. Ramona se negó a aceptar la imagen que su mente estaba construyendo. Pero, ¿qué prueba podría encontrar, entonces?

Escuchó más atentamente a los hombres, que estaban en el coche repitiendo sus planes una y otra vez, de distintas maneras. Si no supiera mejor, casi parecería que querían que ella entendiera lo que acontecía.

Eso no podía ser. Si había estado pensando en películas, tal vez hubiera llamado a esto una escritura perezosa. Que hombres con malas intenciones hablaran y dejaran sus intenciones al alcance de una protagonista escondida. Ella no pensaba en películas. Creía que, según su mejor entendimiento, estos hombres habían contratado a alguien para quemar la fábrica.

No podía creer que estaban tras Carlyle Geist. Él ya había muerto. Esto tenía que ser una especie de malentendido.

Luego, vio llegar el coche. Era un coche mediano, bastante bien cuidado. Se detuvo frente a la entrada de la fábrica, y se abrió la puerta del pasajero. Un anciano con un bastón salió del vehículo.

¿Lo reconocía? Desde la distancia, le era imposible discernirlo. Ella había visto a Carlyle Geist antes. Era famoso en su infancia. Había participado en muchas películas de Geist, aunque generalmente solo hacía presentaciones en eventos como doble función.

Reconoció el bastón. Ese era su accesorio distintivo. ¿Cuáles eran las probabilidades de que ese hombre llevara un bastón, igual que Carlyle Geist?

Entró en el edificio, y el coche que lo había traído se fue.

No, no se alejaba. Venía en dirección a ella. Terminaría estacionándose justo junto al coche marrón donde conversaban los hombres.

Un hombre salió del vehículo. Vestía una chaqueta marrón y tenía una barba desaliñada.

“Si todavía está vivo mañana por la mañana, yo mismo lo acabaré,” dijo el hombre mientras se acomodaba en el asiento trasero.

Mientras conversaban, ella descubrió que se trataba de un director de cine que odiaba a Carlyle Geist por alguna motivo insignificante.

Luego, tras aprender más de lo que había esperado sobre estos hombres tan peculiares, los vio prender fuego a un frasco y luego saltar fuera del vehículo mientras este echaba humo y escupía chispas.

Prácticamente arrastrándose de su escondite, corrió por la calle esperando que no la hubieran visto. Necesitaba encontrar un teléfono público o un puesto de periódicos para confirmar que no estaba perdiendo la razón.

Por suerte, los teléfonos públicos y los puestos de periódicos eran habituales en aquella época. Nunca logró encontrar algo que le confirmara que no estaba volviéndose loca.

El periódico le mostró la fecha del día: 1 de enero de 1984.

O esto era la broma más elaborada del mundo, o realmente estaba perdida en el tiempo.

Decidida, llamó a los bomberos y les advirtió que en la fábrica Geist iba a haber un incendio.

Después de llamar, corrió a buscar un lugar desde donde pudiera ver cómo todo se desataba.

Finalmente, vio al hombre cubierto de metal acercándose a la fábrica, pero el adrenaline había pasado, y no se atrevió a acercarse.

Pocos momentos después de que entrara en la fábrica, comenzó un incendio. Un instante después, llegaron los bomberos y evacuaron a todos.

Durante toda la escena, Ramona combatía pensamientos sobre el destino de su hermana, con el pecho aplastado bajo el peso de una viga metálica.

No podía soportarlo.

Habiendo cumplido con su buena acción, debía regresar al festival. Esta vez, caminó, observando el mundo del pasado. Ella había tenido diecinueve años en 1984. No podía determinar si todo permanecía igual. El tiempo era extraño en ese sentido. Los cambios suceden lentamente, y el pasado se desvanece. Las fechas se vuelven borrosas.

Para cuando volvió a llegar a la plaza del pueblo, ya no era 1984. Tampoco era 12 de abril de 1992, la fecha del verdadero Centenario, cuando su hermana falleció.

Era 15 de marzo de 1993. Ella había estado fuera casi un año.

--

Los días siguientes fueron algunos de los más extraños de su vida. Oficialmente, ella estaba muerta. Su nombre incluso había sido tallado en un monumento en honor a quienes habían fallecido. Durmió en moteles y casas abandonadas mientras planeaba qué hacer a continuación.

También resultó que Carlyle Geist no había muerto en el incendio de la fábrica, en realidad. No, murió más tarde en un accidente durante la filmación de una película. Ella no había cambiado su destino; simplemente lo había empujado ligeramente.

Durante ese tiempo, consultó a una psíquica, quien la guió para comunicarse con el espíritu de Jedediah Geist. Siempre esperanza que podría encontrar una manera de alterar el pasado de su hermana, tal como lo hizo por Carlyle Geist.

Incluso cuando Jedediah Geist rambleaba interminablemente sobre su interpretación del Carnaval, sus esperanzas se mellaban con la misma rapidez. El espíritu condenado no era de ayuda. Dejó caer la horquilla de fuego que había usado para matar a Jed en la casa, junto con muchas otras armas, al salir. Todo el esfuerzo que hizo para sacarla del Museo de Casos Sin Resolver sin ser atrapada fue en vano.

Todo habría estado perdido si no hubiera sido por el hombre que encontró de pie frente a la casa de Jedediah Geist al salir de su séance.

“Buenas noches, Ramona,” dijo cortésmente con su profunda voz, “¿O debería decir buenos días, ahora?”

Sonrió cálidamente.

Se congeló de pavor. En el mes que había pasado desde que regresó, nadie la había reconocido. Era casi como si la hubieran ignorado.

“No tengas miedo,” dijo. “Al menos, no de mí.”

Pero ella tenía miedo, porque, de una forma extraña, sentía que ya lo había visto antes.

“Cuanto menos diga, menos probabilidades hay de que las cosas se descontrolen,” comentó. “¿Dejà vu, sí?”

Asintió.

“Para mí también,” afirmó él. “Lo tomas bien. De lo contrario, todo esto podría haber sido un problema.”

“¿Dónde te conozco?” preguntó ella.

Se rió entre dientes. “Supongo que puedes reconocerme porque prestaste atención en tu clase de historia. Silas Dyrkon, en carne y hueso.” Extendió su mano.

Ramona no la estrechó. ¿Había tenido esta conversación antes?

“Sí, la has tenido,” dijo él.

Dio un paso atrás. Si su curiosidad intensa no hubiera sido activada, ya habría huido.

“Estabas a punto de preguntarme si ya habíamos conversado antes,” dijo Silas. “Sí. Lo hemos hecho.”

“¿Yo—”

“No, esto es lo único que necesitas repetir. Encontramos las preparaciones correctas hace mucho tiempo. Intentar controlar a un jugador es difícil. Intentar controlar a alguien como tú, doblemente. No se puede controlar a todos, solo ubicarlos.”

Le resultaba tan familiar. Al salir a esa veranda y ver a Silas Dyrkon. Ella ya había pasado por eso antes. No fue sino hasta dar ese paso que lo recordó.

“Fracasé,” dijo. “No recuerdo qué ocurrió. Tú ibas a ayudarme a salvar a mi hermana.”

Silas negó con la cabeza. “No diría que fallaste. Por tu parte, hiciste un trabajo excelente. Pero no eres la única engranaje en este reloj.”

Ramona apenas podía respirar mientras asimilaba todo aquello. Ese momento en el tiempo se apoderó de su mente de una manera que no podía comprender, aunque lo había vivido muchas veces antes.

“Lo siento,” susurró, una lágrima rodando por su mejilla. Aún no recordaba por qué sentía que debía arrepentirse, solo que había fallado a su hermana. Nunca recordaría los detalles.

“No hay necesidad de llorar por errores pasados,” afirmó Silas. “La eternidad es una cosa muy dura en la que apoyarse. Créeme.” Se volvió y miró el camino cubierto de maleza que se alejaba de la casa de Jed. “Camina conmigo,” dijo, sin volver la vista para ver si ella lo seguía.

Por supuesto, ella lo siguió.

—¿Quieres que haga algo, verdad? —preguntó—. Quieres que haga algo por ti, y tú me ayudarás a salvar a mi hermana.

Silas levantó una mano con una sonrisa. —Lenguaje, querida, lenguaje. Solo sugiero que si deseas salvar a tu hermana, hay una manera de lograrlo. No propuse ninguna arreglo oficial ni promesa alguna.

Ramona de repente recordó que él había mencionado eso antes. Se esforzó por recordar por qué era así.

—¿No haces tratos? —preguntó, intentando recordar cómo lo había explicado antes.

—Lo prometo; no quieres que te haga una promesa —dijo riendo.

Continuaron conversando a su peculiar manera. Mucho de lo que dijeron quedó grabado en la memoria de Ramona y se extendió al presente. Silas Dyrkon era paciente y tenía una buena idea de hacia dónde se dirigía su pensamiento en cada momento. Se encontraron sentados en un banco del parque.

—Fue cuando intentaste ayudar a Lillian Geist —dijo—. Eso fue toda la prueba que necesitábamos. Luego, cuando tus acciones llevaron a la muerte a tu hermana, le persiguieron a su asesino. Eso también nos dejó sorprendidos.

—¿Hice que mi hermana muriera? —preguntó.

Silas respondió solemnemente: —Sí, tú también tienes parte de la culpa, aunque con gusto me quedaré con la mayor parte. No podías haber sabido lo que ocurriría, pero si la falta de conocimiento previo sirviera de excusa, ningún hombre sería responsable de nada. Sí, podrías haber escapado con ella antes de que llegaran los Castígrafos. Solo queríamos que estuvieras allí para que los participantes te conocieran, aunque solo brevemente, cuando llegara su momento. Elegiste intentar ayudar a una desconocida. Eso fue muy noble de tu parte. Nunca puedes predecir qué persona superará su destino marcado.

Ramona comenzó a llorar nuevamente.

—Lo siento —dijo—.

—Seca tus lágrimas, querida Ramona; habrá tiempo para llorar después. Ahora es momento de decirte lo que debes hacer —dijo Silas con tono severo. Le entregó un pañuelo para que pudiera secarse las lágrimas.

—¿Quieres que recupere el anillo? —respondió ella, envolviendo sus brazos alrededor de sí misma. No podía recordar nada más allá de ese momento, del momento en que él le dijo qué hacer para salvar a su hermana. —¿Una y otra vez, verdad?

Silas asintió.

—No recordaba qué sucedía después —dijo ella.

—No, no lo harías —dijo él—. La voluntad libre es algo extraño. Si sabes qué hiciste la última vez, quizás estés atada a ello o repelida por ello. La voluntad libre es una joya en este lugar, y nunca deberías entregarla, ni por promesas ni por garantías. Cuando salves a tu hermana, deberá ser tú quien lo consiga, si realmente quieres salvarla.

Ramona permaneció en silencio, observando cómo el sol ascendía en el horizonte. Silas la acompañaba en su mirada.

—¿Qué no estás diciendo? —preguntó ella. Sin tener toda su memoria, reconocía a un mentiroso, incluso si era muy convincente. Él no estaba contando toda la verdad.

—Casi todo —respondió suavemente.

Ella asintió. —Entonces, recojo el anillo.

—Recoges esa presagio cada día —dijo él—. Es más fácil si te dejamos hacerlo a ti. No hagas preguntas. Es un asunto político. Lo tomas. Todos comenzarán a prepararse para un Centenario. Salva a Carlyle Geist, tal como hiciste antes; nos gustó eso. Si lo haces cada día, prepararás el camino para quienes vengan a ayudarte. Serás uno de ellos. Cada día, el verdadero Centenario, tu Centenario, estará cerca de aparecer. Quizás les tome varios intentos, pero eventualmente te buscarán y te ayudarán, aunque no sepan exactamente por qué. Cuando eso suceda, tu hermana podrá ser salvada.

—Pero no hay promesas —afirmó ella.

—Ninguna en absoluto, Ramona —respondió Silas.

No comprendía por qué quería aquello, pero sus recuerdos de aquel instante se agolpaban, y sabía que él no daría más explicaciones.

—¿Cuánto tiempo tendré que seguir recogiendo el anillo? —preguntó ella.

-Lo harás cada día hasta que suceda algo inusual —contestó él—. No te preocupes; el tiempo parecerá volar cuando menos lo notes.

La ira de Ramona se había convertido en determinación. Su estómago latía con mariposas.

—¿Podré triunfar? —preguntó ella.

Silas inspiró profundamente. —Ha habido éxitos antes. Éxitos efímeros, pero éxitos al fin y al cabo. Aquellos que vienen podrían ser diferentes. Son... poco ortodoxos. Carousel tal vez guarde rencor contra ellos; ¿quién puede decirlo? Sin embargo, debo advertirte que aún no ha habido un final feliz en Carousel.

Frunció el ceño, pero Silas no explicó nada más.

—¿Pero tenemos la eternidad para apoyarnos en ella? —preguntó Ramona.

Silas se rió.

—Así es —dijo él—. Así es.